

## CEMENTERIO DE SARRIÁ

Nuria Amat

Un cementerio es una biblioteca de almas, memoria de la vida ordenada en departamentos secretos, recinto de paz donde reposan los recuerdos invisibles de los muertos.

Hay turismo de cementerios, gente que los visita por motivos paisajísticos. Pero hay también quien lo hace por razones familiares o literarias. Por regla general, un buen lector suele ser también un habitual visitador de cementerios. Y también el fotógrafo. ¿Qué busca el fotógrafo en su galería de lápidas y tumbas. Captar el alma de la vida. Lo que está en el interior de la imagen del retrato y que sólo el espía de la cámara sabe descubrir para la vida eterna.

Alguna vez he pensado en tener en casa propia mi cementerio particular. ¿Dónde ser enterrado mejor que bajo una palmera? ¿Junto a la roca del acantilado de ensueño? De igual modo que colecciono mis libros preferidos también haría acopio en mi pequeño jardín de los muertos más queridos. Que escribir sea dialogar con muertos es algo ya sabido. Poetas y artistas aguardan su momento su momento de inmortalidad. Y en muchos casos, un cementerio se hace famoso por la literatura que alimenta. ¡Cuántos escritores no han robado su material literario en sus paseos furtivos en el campo santo!

El cementerio de Sarriá, que no tiene el hechizo ni la monumentalidad del cementerio judío de Praga o los no menos famosos de la Habana, París y Ginebra, es, sin embargo, mi cementerio preferido. Los cementerios son testimonio del carácter de la ciudad que los acoge. Resguardan el espíritu cultural e histórico de un país. El de la villa de Sarriá, con menos pretensiones, conserva el espíritu cultural e íntimo de un mundo familiar y atónito.

Pasillos con parterres y flores. Lapidas ordenadas y espaciosas donde el sol no tiene reparos en dejarse caer con imprudencia. Es un cementerio diminuto y de una sola calle de gravilla que tiene forma de ángulo recto. El jardín, del que casi se diría que hace parte de una interesante torre residencial, está rodeado de grandes muros altos y coronados por nichos, que lo protegen del ruido y del viento.

De niña solemos visitarlo los domingos. Junto con mi padre y mis dos hermanos, vamos a ver a mi madre y a llevarle flores como quien cumple con un deber familiar ineludible. Es una visita más triste que reconfortante pero, sin duda alguna, llena de amor y de literatura. Mi madre, a la que nunca he conocido, no era poeta pero la lápida bajo la cual descansa, vecina a la de los poetas Carles Riba y Clementina Arderiu, le confiere una situación privilegiada de artista y santa literaria. Más lejos, se suma al elenco, la del poeta de Sarriá, J.V. Foix.

La tumba de mi madre, que pronto será también la de mi padre, tiene forma de libro, un volumen de piedra gigantesco con letras labradas que apuntan mi nombre. Allí encerrada duerme su vida de novela. La acompañan cipreses y eucaliptos y una algarabía de pájaros que cantan noche y día, sin descanso. En derredor suyo, el resto de escritores muertos. Todos poetas. O así me lo parece. Cada nicho ordenado en el muro es la portada de un libro que oculta pensamientos e historias. Suelo dar con mi padre un largo paseo por las tumbas. Leemos en voz alta nombres e inscripciones. Fabricamos novelas.

Debajo de cada nombre un cuento apasionante. Niños, amas de cría, jardineros, músicos, carpinteros, curas, burgueses y anarquistas dictan su voz secreta al paseante de tumbas. Algunos nombres responden a víctimas asesinadas durante la guerra. Santos y asesinos comparten escenario de

morada. Enfermedades como la tuberculosis o el tifus son también motivo de epitafios mortuorios.

Los espacios blancos del muro, algún que otro hueco tapiado con cemento, me invitan a adivinar la próxima vida de novela que pronto irá a llenarlo. Mi cabeza ya lo escribía, entonces, y también ahora cuando voy al cementerio a visitar las tumbas de mi literatura.